

9 Congreso de APU «el cuerpo: encrucijadas»

*Entrevista con Guy Le Gaufey*¹



MARTA LABRAGA DE MIRZA², ANALÍA LÓPEZ DE SCHROEDER³, HEBERT TENENBAUM⁴, DAMIÁN SCHROEDER⁵, DIEGO SPEYER⁶ Y ALBERTO MORENO⁷

En el marco del IX Congreso de APU «El cuerpo: Encrucijadas», fue invitado especialmente el Prof. Guy Le Gaufey, fundador y miembro de L'École Lacannienne de Psychanalyse, quien participó en diversos intercambios y dictó conferencias de resonancia para el grupo uruguayo por la reflexión aguda, abierta e interrogativa sobre el pensamiento de Lacan. Integrantes de la Comisión de Publicaciones, a quienes se sumaron otros compañeros interesados en el diálogo con Guy Le Gaufey, tomaron la iniciativa de realizar una entrevista que se concretó como un cálido y distendido encuentro con otros analistas lectores de su obra.

En estas páginas encontramos las huellas de los acontecimientos fundadores de la Escuela que integra, las alternativas de las concepciones de la

- 1 Montevideo, 06 de agosto de 2016.
- 2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. martalabraga@gmail.com
- 3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. analilopezbrizolara@gmail.com
- 4 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. hebert.tenenbaum@gmail.com
- 5 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. damianschroeder@gmail.com
- 6 Candidato del Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. dspeyer@netgate.com.uy
- 7 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. dupin52@gmail.com

transmisión del psicoanálisis, las relaciones de transferencia con diversos autores y la apertura a puntos teóricos significativos en la obra de Lacan.

Nos interesa comenzar preguntándole sobre el trabajo de escuela que hacen ustedes y cómo se transmite, estando de acuerdo en lo que señalas, que la única manera de ser analista es pasar por un análisis, «morder el polvo». ¿Cuál es la función de una escuela?

Depende de la meta de la escuela, si se trata de formar y de dar títulos de analistas o si se trata solo de formación. En 1985, cuando empezamos con la idea de hacer una escuela a partir de la revista *Litoral*, fue porque una revista no podía organizar algo fundamental para nosotros, que es «el pase». Para nosotros cinco —Jean Allouch, Érik Porge, Philippe Julien, Mayette Viltard y Guy Le Gaufey—, el pase era muy importante. Había un pequeño público alrededor de la revista, y durante el año 1984 hubo reuniones en París para crear el espacio de una escuela lacaniana. No existía, en ese entonces, ningún grupo que se llamara lacaniano. Existía la École de la Cause Freudienne, la Association Freudienne Internationale, el Cercle Freudien. Fuimos el primer grupo en llamarse *lacaniano*. En 1983, Miller había entablado un pleito a propósito de la transcripción crítica del seminario *La transferencia*, y veinte años después él reconoció que fue un error total de su parte.

¿Por qué un error?

En 1982-1983 descubrió Miller que en Argentina, en Buenos Aires, había un comercio de los seminarios de Lacan, traducciones malísimas, en versión pirata, y que había gente que ganaba dinero por eso. Miller se enfureció y se enteró también de que había una asociación en París que reclamaba una cuota para pertenecer a ella y tener la traducción del seminario *La transferencia*; realizó un pleito que primero perdió y luego, otro, con un nuevo abogado, que era ministro de Mitterrand y que, por supuesto, ganó la partida fácilmente. Nosotros no teníamos bastante dinero para pagarnos abogados de ese nivel, y perdimos. Después, sin luchar en contra de Miller, quedamos en un estado de pequeña paranoia y establecíamos la escuela nuestra en contra de la Escuela de la Causa Freudiana, como decía Miller: la IPA [International Psychoanalytical Association] lacaniana. Demasiado en contra, en mi opinión, por ejemplo, a propósito

de los cárteles⁸; en los años ochenta fui un vector⁹ de los cárteles. Había trescientos carteles y fui nombrado vector de sesenta cárteles, que eran totalmente huecos. Fue primero en la Causa Freudiana, en el año anterior a la Escuela de la Causa Freudiana. En la Causa había dos miembros, Lacan y Gloria, su secretaria, y éramos mil personas siguiéndolos. Recordé la historia ayer en mi seminario, la historia con los cárteles no se podía hacer discretamente; era una organización total o nada. En 1985, cuando se organizó L'École Lacanienne, Allouch y yo escribimos la plaqueta de presentación de la escuela. La elección fue no ocuparse de los cárteles, para nada, porque para ocuparse de los cárteles no se podía hacer un poco, sino que era necesario crear toda una administración. Entonces, abandonamos la cuestión de los cárteles y de la formación. No se dará ningún título en la escuela, ni analista miembro de la escuela, ni ninguna función de la escuela. En la Escuela de la Causa, cuando hay un Analista de la Escuela, hay una obligación de tener un seminario durante dos años para explicar hasta qué punto se hizo bien el pase.

¿Por qué el pase si no existía un analista de la escuela?

Porque nos importaba muchísimo la experiencia del pase para otorgar el pasaje a analista, eliminando el analista didáctico, con toda su «maestría», que se muestra en el circo analítico habitual. El pase permitía eliminar un comité *ad hoc* que hubiera nombrado a analistas por cooptación. Hoy, en la Sociedad Psicoanalítica de Francia [SPF], hay comités que seleccionan los miembros y después el pasaje de miembro a analista miembro, y después a *full member*, todo esto en reuniones como estas. No nos

8 El cartel es un dispositivo de trabajo original, propuesto por Lacan tanto para aquellos que practican el psicoanálisis lacaniano como para cualquiera que desee estudiarlo. Los que constituyen un cartel se eligen con un proyecto común de trabajo a partir del cual cada uno recortará un aspecto o cuestión. El número de miembros, llamados *cartelizantes*, puede ser tres, cuatro, cinco o alguno más, y se reúnen para trabajar con un ritmo decidido entre ellos. Al menos un cartelizante será miembro de la Escuela.

9 Le Gaufey hace referencia a la palabra *vector*. Esa era la forma establecida por Lacan para hacer referencia a quienes estaban en la posición de ser los «más uno», quienes relacionaban el cartel con la Escuela. Elegido por los cartelizantes, el «más uno» no será profesor ni analista en el grupo, sino alguien con su propia pregunta a trabajar. Es la persona que se encarga de la discusión y el destino reservado al trabajo de cada uno.

gustaba nada de eso. La elección fue totalmente contraria a la posibilidad de producir títulos de analista. Cada uno hace su reputación de analista, ¡y ya! Es una cuestión de reputación. Ningún título. En calidad de director de la *École*, escribí en un anuario una pequeña frase diciendo que la *École* no reconoce a nadie como analista, sino que conoce miembros, solamente.

¿Cómo ingresa la gente a la escuela?

Durante diez años, entre 1985-1994, no encontramos otro tipo de aceptación, sino un cartel de admisión: cuatro o cinco personas elegidas que estudiaban la candidatura de alguien, y después decían no o sí. Si alguien se presentaba a la escuela, su nombre circulaba entre los miembros, y si nadie se negaba, este estaba aceptado.

¿Qué hacía para estudiarlo?

Era algo detestable al punto que en un momento en el que estaba en la función de director Allouch —en 1994, creo—, hizo una propuesta. Alguien que había sido secretario de la *École Freudienne de París*, Christian Simatos, nos había dicho que no importaba cuestionar ni nada de eso, porque cuando alguien quiere volverse miembro de algo, hay que aceptarlo, y ya. Fue algo muy importante. Allouch propuso que cuando alguien pide su admisión a la escuela, la cuestión no es decir sí o no para la escuela, sino para la persona. Se decide en el acto; si alguien pide la admisión en la escuela, el director que ejerce en ese momento no pedirá nada a la persona, sino que apreciará si hay algún impedimento en un encuentro con miembros de la escuela que se reúnan por otra cosa (coloquio, jornada, asamblea, etc.). Él o ella son quienes piden su admisión y pueden discutir con los miembros presentes. Después de una discusión libre, se pregunta a la persona si sigue queriendo su admisión a esta escuela, tal como acaba de encontrarla, y si dice «sí», ¡hecho!, se vuelve miembro.

¿Una reunión de la escuela con toda la gente?

Con toda la gente allí presente, entre veinte y sesenta personas. La persona se presenta sin ninguna otra preocupación que hablar de lo que quiere. Su análisis, su vida o, a veces, nada de nada. A veces dura una hora porque el público puede preguntar de tanto que le gusta.

Así que no hay que dar cuenta del deseo de ser analista. En la conferencia decías que la idea de «deseo de analista» era una idea bastante bastardeada, que había sido vaciada de contenido.

No hay ninguna pregunta de antemano sobre el deseo de analista. Es totalmente libre hablar de esto o no. A veces es como una confesión de analista y otras veces es toda otra cosa. Es una sorpresa cada vez. A veces, una mala sorpresa, y otras, una buena sorpresa. Después de eso, el público no tiene que decir nada, no puede decir sí o no.

¿No hay igual algo de tribunal?

No, no. Es el director que ha introducido a la persona quien le dice que ha pasado la entrevista con el público y le pregunta si sigue queriendo ser miembro de esta escuela. La persona dice sí o no, y si dice sí, es miembro de la escuela. Hay que pagar en el acto la cuota, eso sí [risas]. Una vez ocurrió que alguien de México, del Norte, que estaba por primera vez en París y no hablaba francés dijo «sí, por supuesto», y nadie entendió por qué. Corrí atrás de su cuota y él no me contestó en seis meses porque estaba «un poco despistado» (sus palabras), y nunca formó parte de la escuela.

Usted dijo que el deseo de analista era un concepto vaciado de sentido.

No se trata de deseo de analista, se trata de ser miembro o no. No me importa la expresión de deseo de analista, que es algo viejo e inutilizado.

No es un concepto teórico.

No sé bien que es deseo de analista, no es algo común que se pueda entender bien entre nosotros. Sí es cierto que hay gente que piensa que el deseo de analista es punto clave entre analista o no analista. Sin embargo, no se puede conocer bien un deseo de analista. Si se pudiera, ¡no existiría ningún problema!

En la École existe gente que no ejerce el psicoanálisis. A veces hacen aportes muy buenos a nivel teórico.

A veces, sí; a veces, no; y también están aquellos a los que llamo los *clientes* de la escuela; son miembros que no hacen nada o no dicen nada, y pagan sus cuotas, pero son participantes, y nadie sabe bien por qué. En un

público también hay una parte pasiva. No vamos a decir que no, porque también forman parte.

En ese dispositivo tan diferente a ciertas lógicas institucionales formales, con administración, con comisiones directivas, ¿es sostenible la escuela?, ¿logran sostenerla bien?

Hace treinta años que estamos. Fue un paso decisivo el rechazo de ser responsables de la enseñanza de algo. En 1988, antes del cambio de la dirección de Allouch, de Viltard y la mía, hubo una decisión dentro de una asamblea general de que nadie fuera el responsable de la enseñanza, sino solo de poner en movimiento la marcha misma del *après coup*. Hay dos derechos de cada miembro: sin saber mucho de él o de ella, tiene dos derechos en el acto de ingreso. Puede nombrar a pasantes sin que sepamos si son analistas o no, si tienen pacientes o no. Es un riesgo de la institución. Y, segundo: puede dar una enseñanza a título de la escuela. Cada año hay un sorteo para que cada uno que sostiene una enseñanza debata frente a la escuela sobre lo que ha hecho. Se trata de la cuestión de la enseñanza después, no antes.

¿Dictar un seminario, por ejemplo?

Ser miembro es un derecho en el acto. El director no puede decir que no si no hay nada escandaloso.

¿Qué obligaciones tiene?

Pagar la cuota: seiscientos euros por año.

¿Cómo es la relación de la École en América Latina?

Otra historia. En 1982 había un miembro de la Escuela, un amigo nuestro, Albert Fontaine, que tenía un hermano en México. Él organizó un seminario de Allouch en México en 1982 y en 1983 de Erik Porge, 1984 de Julien y 1985, Le Gaufey y Mayette Viltard, de tal modo que en 1985, cuando fundamos la *École*, había cuatro miembros de México que vinieron a París, con lo que, entre los 45 miembros que en 1985 fundaron la escuela, cuatro miembros eran de México: Marcelo Pasternac, Miguel Sosa, Estela Maldonado y Hélyda Peretti. En 1983, Hélyda y Estela vol-

vieron a Córdoba, y Marcelo y Miguel se quedaron en México. A partir de ahí, en México, en Córdoba y en Buenos Aires hubo gente que pidió en París su admisión. Los miembros de la *École* fueron creciendo hasta hoy, que tenemos 180 miembros, de los cuales 110 están en América Latina. Cuando se terminó mi dirección en 1996, había 175 miembros; hoy, casi lo mismo. Salieron un montón, pero entraron también un montón. Hay un cierto equilibrio. En Francia hay una ley de 1901 que permite hacer asociaciones muy fácilmente. Con veinte euros puedes fundar la asociación, y los veinte euros son para pagar el anuncio en el periódico oficial. Hay trescientas mil asociaciones en Francia, y pudimos hacerlo sin problemas.

Otra pregunta: la fábrica de casos ¿por qué tú dices que no funcionó?

Porque éramos demasiado ambiciosos. Empezamos Erik Porge y yo, y un poco Allouch.

Lo tomaron de un poeta, Francis Ponge.

Sí, porque en 1980, un editor de la época había publicado un libro maravilloso: era el poema *Le Pré*, y al fin del libro, Ponge había incluido todos sus esbozos. Para publicar un caso, nos pareció un ejemplo genial, porque no se trataba, para nosotros, de que un analista publicara un caso directo, sino que se pusiera a escribir algo y otro analista pudiera reescribir el caso, y la idea era acabar por finalizar un caso escrito a diferentes manos, pero no teníamos talento suficiente para cumplir una tarea tal. Publicamos en el número 13 de *Litoral* un intento así, pero fue algo sin gran valor. No se podía trasladar la escritura de un caso.

Vamos a Guy Le Gaufe: naciste en Bergérac, en el sur de Francia. ¿Cuándo te trasladaste a París?

París me asustaba totalmente. Estudié mecánica general en mi juventud. Es algo raro en mí porque lo que aprendí en mi juventud no era nada intelectual. Después me disgustaba totalmente la mecánica, y fui a la universidad sin ir a París, que seguía asuntándome. Estudié en Bordeaux.

En 1968.

En febrero estaba en Bordeaux, en un grupito nombrado Les Vandallistes, ligado con otro en Nanterre que se llamaba Les Enragés. Estábamos en contra de cualquier militancia, en favor de un cambio en la vida cotidiana... El peor recuerdo que tengo de aquel momento fue en junio de 1968, una reunión de letras en la facultad de Bordeaux, con estudiantes que pedían la evaluación continua de las notas. Para mí era una marca de sumisión total. Tenía un desprecio grave por los estudiantes.

El trayecto de Guy está muy claro en la conferencia «La historia, mi hermana», realizada el año pasado en la Facultad de Psicología y que está en Youtube. Me parecieron muy importantes esos cambios que fuiste teniendo como historiador y como semiólogo. ¿Por qué surge la semiótica en tu actividad?

Porque el discurso de la historia de cierto modo me aburría. Sigue siendo lo mismo hoy. Me gustan mucho los historiadores, pero en sus relatos... ¿Por qué la semiótica? Sí, para mí el discurso del historiador tenía cierto problema. Fui a ver a Greimas, que era en cierta manera el maestro de la semiótica, más que Barthes. Barthes había escrito a propósito del discurso de la historia en una revista de 1964. Encontré a Greimas y le propuse hacer una tesis con él, y él estaba muy interesado en un historiador. Tenía filósofos, pero no historiadores, salvo Michel De Certeau. Este fue un amigo mío, estábamos los dos historiadores en el seminario de Greimas. En aquella época yo no sabía que él era jesuita. Yo lo tomaba como el único marxista de la banda. Una vez, lo encontré en una reunión de la École Freudienne de París. Le pregunto: «¿Pero qué haces tú aquí?». «Lo mismo que tú —me contesta—, soy miembro, yo también». Éramos los dos historiadores, él mucho más famoso que yo. Él había publicado la correspondencia de Surin, que fue el hombre clave de *Los demonios de Loudun*. Esta edición de la correspondencia fue el primer trabajo de Michel. Un trabajo de muchos años que es una obra erudita. Es por eso que en los sesenta tenía una cierta fama en el campo de la historia. Sacó en 1971 un pequeño libro en la colección de la historia de Loudun.

Hay un libro de Aldous Huxley, Los demonios de Loudun, y está la película de Ken Russell, Los demonios.

Sí, pero Michel de Certeau fue el primero en sacar la historia de Loudun. Encontró un éxito enorme en la prensa. En 1971-1973 era ya bastante conocido.

Es llamativo que hubiera sacerdotes en el seminario de Lacan, como el padre Beirnaert Louis, que tiene una intervención estupenda en el seminario de Lacan sobre De magistro, primera parte, Disputatio de significationis elocutionis, de San Agustín.

Sí, sí, Beirnaert era una figura del mundo católico. Lacan se cuidaba mucho de los católicos. Se acuerdan de que él intentó durante los años cuarenta o cincuenta anular su matrimonio en Roma. En contra de la fe y de la Iglesia, pero cuidándose....

Nada de caer en pecado.

No. El pecado no le importaba nada, pero la sociedad, sí.

¿Cómo comenzaste la lectura de Pierce?

Cuando comencé el seminario de Greimas, empecé a leer a Hjelmslev, a Jakobson, Saussure y algo de Pierce. Porque en aquellos años, a fines de los setenta, no había mucho traducido. Hubo que esperar hasta los años setenta y pico para leer el libro en Seuil, para introducir *Los escritos de Pierce*, un libro de trescientas páginas. Después, aprendí bien inglés y me puse a leer más y más a Pierce. Ahora tengo una biblioteca de Pierce bastante importante, pero es casi nada frente a sus obras completas.

Casi son cien volúmenes lo que hay.

No se ha publicado toda la obra de Pierce. Está en Houston, Texas. Compraron los archivos de Pierce. Pero, igual, lo esencial está publicado. Para los eruditos sí quedan algunos textos. Para nosotros, no.

¿Harías una diferencia entre campo simbólico y campo semiótico?

Buena pregunta... Depende de si te refieres al simbólico de Lacan, que es tan largo y tan impreciso...

El signo de Saussure es aquel del que habla Lacan...

No, para nada, es el signo de Pierce, pero tampoco esto es así... El signo significa algo para alguien, y esto viene de Port Royal, es una definición de la gramática de Port Royal del siglo XVII.

De allí lo toma Pierce.

Sí, pero con una complicación excelente, la gramática de Port Royal es totalmente estática. El signo representa algo para alguien. Punto. Pero en Pierce, el alguien, al que llama el interpretante, es tal que obliga al representamen del signo a hacer el mismo trabajo para otro interpretante. Es decir que crea una dinámica abierta. Un signo designa otro signo, y no se puede parar porque haya algo como un diccionario. Y a la decisión de Lacan de ubicar al significante que representa al sujeto para otro significante, hay que agregar que el otro significante obliga a seguir la cadena. No es una decisión fija... Es la cadena que sigue.

Y que no son solo palabras.

De ahí la definición «loca» de Lacan de lo Simbólico, el tesoro de los significantes, las matemáticas, las lenguas, que es enorme, grandioso, ¡es dios...! Incluso, el entendimiento de Dios.

Jean Hyppolite le dijo «pero usted está introduciendo una trascendencia...».¹⁰

La vez que viniste a Uruguay a presentar tu libro El sujeto según Lacan, realizaste un diagrama en el pizarrón que daba cuenta de una mirada exógena a la obra de Lacan y de una apoyatura muy fuerte en cierta producción de conceptos a través de la historia y la filosofía. Das un fuerte mensaje de cómo se organizan ideas y conceptos psicoanalíticos a partir de ideas previas.

¿Con los nueve puntos? Cuando se intenta explicar a Lacan por Lacan a través de Lacan, hay que salir en recorrida, por todos los puntos hay que salir del conjunto. Exactamente lo que Miller hace sin decirlo, él dice que

10 «Sr. Hyppolite: —[...] Si he comprendido bien, la función simbólica es para usted una función de trascendencia, en el sentido de que no podemos, a un tiempo, permanecer en ella y salir de ella. ¿Para qué sirve?» (Lacan, 1978 [1954-1955]/2008, p. 63). En Lacan, J. (2008). Más allá del principio del placer, la repetición. En I. Agoff (trad.), *El seminario de Jacques Lacan, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (pp. 47-142). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1978 [1954-1955]).

está todo en Lacan. Los siete goces, según Miller; yo conozco apenas uno [risas], pero aquí está la trampa. Yo declaro en el estadio del espejo que voy a salir por la cuestión del ícono, y nunca se encuentra la cuestión del ícono en Lacan, no voy a suponer que él sabía todo sobre la cuestión del ícono...

Esa apoyatura en el ícono pasa a partir del asentimiento en el espejo que tú bien explicas en El lazo especular a partir del niño porque tiene que ver con el trayecto de las miradas, es un gran capítulo del libro.

Pero ¿por qué Lacan esperó veinticinco años para decir que el niño se vuelve hacia la mirada del adulto? Porque, en ese momento, en 1971, necesitaba este detalle para dar su lugar al ideal del yo, que situaba fuera del espejo, casi en el aire.

Cuando trabaja el ideal en el seminario El reverso del psicoanálisis, aparece la furia de Lacan en relación con la idea de Tótem y Tabú. ¿Fue crítico a esa idea que no tiene sostén?

Desde el inicio.

Me llamaba la atención que, en las fórmulas lógicas de la sexuación, Lacan tomara el padre de la horda como fuera del conjunto.

Es una especie de error suyo. Intentó explicarlo en el Pas tout [No-todo]; Lacan quería dar ejemplos de la particular afirmativa que niega la función. Ahora bien, los dos ejemplos que da Lacan de esa curiosa particular son errores. En lugar de dar un ejemplo de una particular, *algunos*, pone ejemplos de una singular: uno y solo uno. El padre totémico es uno y solo uno. Y el valor 0 de la función hiperbólica de $1/x$, cuando $x = 0$, es un valor único. Son malos ejemplos.

—¿Es un error lógico de Lacan?

—Lógico, sí. De cierta manera, él estaba en la obligación de dar ejemplos para hacerse entender por su público. Yo venía de la semiótica, que estudiaba especialmente en el cuadrado semiótico de Greimas, formado con base en el cuadro lógico de Aristóteles. Para mí, fue perfecto encontrar todo esto en Lacan, ¡el cuadrado lógico me iba muy bien! [risas]. Me sentía muy cómodo. Pero, mira, el padre totémico es un mal ejemplo, y se lo dije

directamente a él. Me dijo que sí porque sabía bien que «al menos uno» queda afuera de la castración, como él nombró su particular afirmativa, él sabía perfectamente lo que es una particular. Había leído el libro que cité de Robert Blanché, que salió en 1966, y para mí era la Biblia el Blanché, para estudiar el cuadrado lógico de Aristóteles. Porque él daba, sin saber nada del goce o de Freud o Lacan, él daba exactamente el cuadrado lógico de Lacan, haciendo una diferencia clave entre lo que él llama *negación fuerte*, que toca a la función, y *negación débil*, la que toca al cuantificador.

Para volver a 1968, en 1971 sale un libro desastroso de la IPA, en París, que se llamaba *El universo contestacionario [L'univers contestationnaire]*. En contra del 68, explicando el 68, como una rebeldía de los hijos en contra del padre. Sacan el libro un año antes de *El anti-Edipo*, de Deleuze y Guattari, lo que fue una liberación para nosotros.

Hay otro tipo de trabajos excelentes de Deleuze, como los de Crítica y clínica.

Sí, hay muchas cosas excelentes en Deleuze, *La lógica del sentido* o los escritos a propósito de Proust o de Kant.

Desde los estudios literarios pueden metaforizarse los enfoques teóricos, y en la presentación de los casos sirve el juego ficcional, pero importa cuidarse porque no deja de ser igual, como señalaba, un acto de «soberbia» presentar y elegir un material por las dificultades de un análisis, las situaciones difíciles. El problema que tenemos muchas veces para presentar materiales de análisis es cómo manejarnos entre clínica y teoría, con un espectro de la enseñanza de Lacan que incluye la lógica, la matematización, y disciplinas donde no se puede metaforizar.

Sí, pero al mismo tiempo, hay que cuidarse mucho, porque si uno se lanza en un recorrido demasiado largo para estudiar las matemáticas o la lógica, uno se pierde totalmente.

Entre lo que señalaste del caso y la viñeta y las formas en que se puede simplificar o bastardizar una presentación, ¿no hay otra forma? Te referías al caso como un modelo médico o psicológico para atrapar una verdad en un real. Pero «hacer un caso», ficcionalizar un caso, ¿no es una situación distinta?

Hay una analista de Londres, famosa porque fue la analista de Lady D., que tenía una columna en *The Guardian* todas las semanas, toda una celebridad en Londres. Ella publicó hace casi doce años un libro titulado *The impossibility of sex*. Son seis relatos totalmente inventados. Lo divertido es que cuando salió su libro en Londres, se hizo una recepción y hubo un colega que le dijo: «¡En tal caso, yo hubiera intervenido de tal manera!», y ella contestó: «Es una ficción, ¡no se puede supervisar!» [risas]. Contar una novela es otro límite del caso. El sentimiento que tiene el lector es excelente. El relato da cuenta de la atmósfera de una sesión, es mucho mejor que un caso cualquiera. La autora, Susie Orbach, ¡tiene un talento obvio para describir la transferencia!

Es muy fuerte la pretensión de que uno presenta una verdad. Cuando presenté el trabajo sobre un caso realizado por Skype, lo presenté como un ejercicio. El que lo toma trabaja con eso, no es tratar de demostrar exactamente lo que pasó en una sesión.

Pero estás demostrando más, porque hay una comunicación directa en la lengua natural que permite rectificar en el acto, y en este movimiento hay algo natural más simple, pero que va mucha más allá de lo que uno piensa hacer.

Pero ¿no es válido?

Sí, pero hay un efecto que no se está buscando, y si se repite mucho, va en contra de tu proyecto. No es solo la implicancia transferencial.

Sí, pero repetitivamente es peligroso.

Sí, es común en New York, en una especie de presentación pública. En Washington, una jornada de alguien de la Escuela Freudiana de París presenta un caso de diez minutos interpretando la presentación del caso, y algo así como quince casos en la mañana con una interpretación permanente...

—Eso sí es una fábrica de casos [risas], es antifábrica...

Lo que iba a contar hoy fue la única disputa que tuve con mi amigo Éric Laurent en 1977, cuando salió un número de la revista *Ornicar?* en el

que estaban las primeras viñetas clínicas. Cuando lo leí, me enfurecí en el acto, y regresando de una reunión con Éric en su coche, le decía que no estábamos trabajando tanto para llegar a una boludez de este tamaño. Él me contestó: «Sí, tienes razón, pero a la gente le gusta esto». Le contesté en el acto: «Pero a la gente le gusta la astrología también», y él me replicó: «Si la astrología les gusta, vamos a hacer astrología también». Era una manera de decirme «Ya basta con tu crítica». Cuando regresé a mi casa, me dije que por primera vez había tenido una bronca con Éric. Él estaba totalmente del lado de Miller, y yo lo sabía bastante bien. El año después, estaba con amigos, en 1977 mi mujer estaba embarazada de nuestra primera hija y durante el verano no fuimos de vacaciones y trabajé en un seminario porque Miller era el director de la sección clínica y el tema era la fobia —sabía bien que me interesaban las fobias—, y me pidió hacer las dos primeras conferencias a propósito de las fobias en la sesión clínica. Fue la base de mi primer artículo en *Litoral*. Al fin de estas dos exposiciones, Miller me agradeció, pero agregó: la sesión clínica no está hecha para este tipo de trabajo. Está hecha para *transmitir* lo que Lacan dijo a propósito de la fobia, no para *problematizarlo*. Exactamente esto. En el público estaban Allouch y otro amigo, y nos encontramos después en el café cerca de Saint-Anne. Nos dijimos ¡excelente la intervención de Miller!, es justamente lo que queremos hacer, problematizar, si él quiere transmitir allá él. El año después, en el local de la École Freudienne de París, preparábamos un trabajo que se llama «Consistencia de la clínica analítica», y al inicio del año Éric Laurent, que estaba allí, me llamó para decirme: «Acabo de encontrarme con Jacques Alain y él me dijo que si voy a trabajar con vosotros en la consistencia de la clínica, no podré trabajar con él también». Entonces, se lo repliqué: «¿Vas a trabajar con Jacques Alain?». «Sí, voy a trabajar con él, ya no puedo venir a trabajar con vosotros». En aquella época nadie pensaba en la disolución de la escuela, pero ya en 1977 los caminos eran claros: transmitir o problematizar. Y cuarenta años después, los mismos caminos siguen siendo clarísimos.

¿Es cierto que cuando fundaron Litoral no se podía poner en los artículos más de dos citas de Lacan?

Jacques Alain, aparte del pleito a propósito del seminario sobre *La transferencia*, nunca nos planteó problemas, y tampoco somos enemigos de Miller.

Fue una decisión de Allouch de acoger los estudios gay. El inició este movimiento; ocurrió algo en 1998 que fue el encuentro entre Allouch y David Halperin, que vino a París y hubo un encuentro allí. Es difícil contarlo bien. David venía de New York y había perdido muchos amigos por el sida. David nos procuró libros en inglés, y decidimos traducirlos. Fue un movimiento importante, porque los otros grupos lacanianos, para no hablar de la IPA, no podían ni pensar en la homosexualidad, en la transexualidad; era terrible para ellos.

Por el contacto directo con Foucault.

Sí. Durante los años setenta, fue una historia personal. Lo encontraba entre 1972 y 1977, particularmente, cuando escribí y publiqué en la revista *Annales* una búsqueda histórica (¡mi único gran trabajo de historiador!) sobre el nacimiento de los hospitales psiquiátricos en París (Sainte-Anne, Ville-Évrard y Perray-Vaucluse). Después hubo también un encuentro público en 1977, en el departamento de Jacques Alain, con Foucault y otros y conmigo también, que se publicó en la revista *Ornicar?* y se tradujo al castellano. Fue una discusión con Foucault a propósito de la salida del primer volumen de *La historia de la sexualidad*. Lo divertido es que llegué tarde a la reunión y la gente ya estaba presente, y Foucault desde un rincón de la sala me ve entrar y dice: «*Bonjour, Le Gaufey! Qu'est-ce que vous devenez?*». Le contesto: «Intento volverme analista», y él dijo: «Ah, qué lástima» [risas].

¿Tuvo otros encuentros con asociaciones de IPA?

No, nunca. La última vez fue un encuentro fortuito porque había un congreso en Islandia, y no sé cómo y por qué invitaron también a Kernberg. Y Kernberg dijo «Voy solo si invitan a Blum», que fue el secretario de los archivos, y lo encontré en una mesa redonda. Fue algo muy divertido para mí, al contrario del encuentro con Stefano Bolognini. Kernberg es una personalidad muy fuerte. Es un hombre de aparato burocrático también, pero con personalidad; Blum, no tanto, pero Blum es alguien fino. En la mesa redonda se dio una discusión muy fuerte entre nosotros, pero fue muy divertido, mucho más que ahora en la mesa redonda. Contó un caso largo con detalles finos; después me burlé oficialmente de él, y me contestó muy directamente. Fue un diálogo muy divertido.

¿Cómo recibió esta experiencia de un congreso con nosotros? ¿Cómo se sintió?

Me sentí bien porque hay un ambiente aquí, para mí, francés, que es un ambiente de provincia. Porque cuando voy a Toulouse u otro lado de provincia, puedo encontrar gente de otras asociaciones que, como ustedes, van a comer juntos. En París, nunca. Con Jacques Alain fue una excepción, durante un año, y nada más. Yo no me he encontrado a Melman durante treinta años ni una vez, a pesar de que tengamos amigos en común.

Para nosotros, que lo leemos desde hace mucho tiempo, fue un enorme placer tenerlo por aquí.

Perfecto, porque para mí también. ♦